

OCTAVIO RIVERO SERRANO

Cuando entré a la Escuela de Medicina en Santo Domingo, en 1947, ya existían los problemas de sobrecupo. En el primer año éramos diez grupos, de 200 alumnos cada uno, en la clase de anatomía. Había que levantarse muy temprano para ganar lugar en unos salones donde cabían máximo 120 alumnos, ya muy apretados. En realidad, la investigación médica que allí se hacía era limitada y con muy poca participación de los alumnos. Había pocos laboratorios y eran muy reducidos para el número de personas que conformaban cada grupo.

La medicina mexicana recibió un impulso decisivo con la construcción de las nuevas instalaciones de Ciudad Universitaria. Tanto la investigación, como la enseñanza de la medicina, encontraron nuevas posibilidades. Al llegar a cu ya fue posible tomar clase en los laboratorios, y comenzó a cobrar fuerza la figura del profesor-investigador. En las materias básicas poco a poco se fue aceptando la conveniencia de asociar la enseñanza y el estudio de la medicina con la investigación de temas médicos básicos. Esto creció extraordinariamente al paso de los años, al grado que a finales de los años setenta el número de investigaciones básicas que se realizaban en la Facultad de Medicina era comparable con el de institutos dedicados exclusivamente a la investigación, como el de Biomédicas.

